

La obra de la antropóloga María Cátedra gira en torno al estudio de la muerte en la comunidad vaqueira asturiana. Este colectivo, reducido en cuanto al número de personas que lo componen, ha permanecido secularmente en una situación de aislamiento en zonas montañosas del occidente asturiano y, en no pocas ocasiones, ha sido discriminado y segregado socialmente. Todo ello ha dado lugar a la pervivencia de una cultura y unas tradiciones propias en muchos aspectos escasamente contaminadas por rasgos culturales de sus vecinos. En este sentido supone una auténtica joya para el antropólogo. Es este un primer rasgo a destacar en la obra pues quizás sean escasos los colectivos existentes que puedan aportar tal cantidad de rasgos autóctonos. La obra es en este aspecto notablemente minuciosa y exhaustiva. Esto no quiere decir que su lectura sea tediosa, pues la gran cantidad de transcripciones de conversaciones con los vaqueiros resulta de sumo interés por la cantidad de datos que aportan y, al mismo tiempo, la espontaneidad y la frescura de las mismas es uno de sus mayores alicientes.

Desde el punto de vista de la estructura podemos decir que estamos ante un estudio riguroso, con un desarrollo lógico de su exposición y un análisis detallado de los datos que aportan los entrevistados y de aquellos otros recogidos por la autora de la observación de la vida de los vaqueiros o de otras fuentes de información. A partir de todo esto construye María Cátedra un sólido esquema de todo lo relacionado con la secuencia Enfermedad-Muerte-Más allá en esta comunidad. Todo ello se enmarca en una amena descripción de costumbres, tradiciones y comportamientos de un colectivo cuyo modo tradicional de vida está cada vez más afectado por las influencias culturales externas.

El estudio no se centra exclusivamente en la muerte. Comienza en el análisis de la enfermedad en la sociedad vaqueira, en el inicio del camino hacia la muerte y finaliza investigando la concepción vaqueira de lo que ocurre tras la muerte, en el más allá. La autora analiza esta secuencia rigurosamente y demuestra que ningún aspecto de la misma puede ser entendido de forma aislada pues todos forman parte del mismo proceso.

La enfermedad es, sustancialmente, una alteración del orden de las cosas y sólo se podrá vencer cuando ese orden sea reestablecido. Las causas de la misma integran un complejo número de factores entre los cuales destacan elementos del medio en el que vive el vaqueiro, fundamentalmente animales, plantas y factores climatológicos, que influyen sobre la salud/enfermedad de manera diferente pero primando un criterio de "utilidad" para los elementos benéficos y lo contrario para los perniciosos. Todo ello está entrelazado con aspectos religiosos que establecen un nuevo binomio bendito/maldito, o con factores de división sexual según el esquema macho = beneficioso y hembra = pernicioso.

Pero sobre la enfermedad, según es vivida por el pueblo vaqueiro, creemos que deben destacarse dos aspectos más relevantes. En primer lugar, la enfermedad, al tener una explicación más cercana a lo que es la vida cotidiana del vaqueiro parece estar menos cargada de dramatismo. Es como si el establecer una causa comprensible para el paciente y las personas de su entorno hiciese más llevadero el proceso (quizás con alguna excepción como el cáncer). Es precisamente la familia la que suministra al enfermo asistencia y apoyo, existiendo miembros concretos de la misma sobre los que recae la labor asistencial (esposa, hijas, nietas... ). La asistencia al enfermo fuera del entorno familiar la suministra un complejo entramado donde se combinan

elementos de la medicina popular y oficial. Al ser la sociedad vaqueira una sociedad aislada es generalmente autosuficiente. Sin embargo, cuando la enfermedad supera las posibilidades de la familia se recurre a alguno de los agentes que ejercen la medicina. El aumento de las posibilidades de recurrir a la medicina científica ha incrementado las consultas con los médicos rurales, pero con poca confianza en estos dado que sólo el especialista, que cuenta con más medios y reside en ciudades, ofrece garantías. Multitud de problemas de salud se resuelven en las brañas recurriendo a la medicina popular en la persona de curanderos, compostores o curiosos e incluso de los entendidos que integran tradiciones populares y conocimientos medico-científicos.

Un segundo aspecto es fundamental para comprender todo tipo de comportamientos del pueblo vaqueiro. La vida gira en torno a la casa con sus propiedades de terrenos y animales. En ella se desarrollan las relaciones de la familia, con una figura predominante que es el amo. Este sencillo esquema es necesario para entender desde los hábitos religiosos hasta el funcionamiento de la economía familiar. La enfermedad es principalmente una alteración en el funcionamiento de la familia y la hacienda. Esto es trascendental cuando nos referimos a unidades familiares cuya vida se desarrollaba con frecuencia en los límites de la subsistencia y se precisaba de la concurrencia de todos sus miembros para sacar adelante al ganado y los cultivos.

La muerte es considerada como la culminación del ciclo vital cuando el fallecido es anciano. La muerte es entonces algo lógico y, además, es algo bueno si es rápida y sin dolor. La muerte violenta (accidente, homicidio o suicidio) es fundamentalmente dolorosa por imprevista. En general la muerte es algo bastante desprovisto de dramatismo incluso en modalidades tan repudiables moralmente en otras culturas como el suicidio. Se aprecia un porcentaje más alto de suicidios en la población vaqueira, afectando casi por igual a hombres y a mujeres. El vaqueiro no enjuicia moralmente el suicidio, lo considera una equivocación, pero incluso lo justifica en determinadas circunstancias (enfermedad terminal, tensiones familiares, etc.). Pero esencialmente la muerte es asumida como algo natural, con lo que se está acostumbrado a convivir desde la infancia, y un motivo de movilización de familiares y vecinos. La muerte también ocasiona un contacto de los vaqueiros con agentes externos a esta sociedad (médico, sacerdote, notario, juez) y es ocasión para reunirse con familiares o allegados, para la visita y la ayuda a la familia, para olvidar viejas rencillas. No es un suceso vivido en soledad, de ahí la resistencia del vaqueiro a ser ingresado en hospitales donde pierde el arropamiento de los de su entorno. Cuando el fallecido es el amo, es decir, el que ostenta la propiedad de la hacienda y gobierna la economía familiar, la muerte es también un acto de transmisión de poderes al heredero, que generalmente es el primogénito o "mayorazo". El será encargado de mantener la hacienda cuya perpetuación habrá sido casi la principal preocupación del fallecido.

El complejo proceso que supone el paso de la vida a la muerte no lo es más que el viaje de los difuntos a su última morada dentro de las creencias y tradiciones vaqueiras. Es de destacar que el difunto sigue tan vinculado a su casa como lo pueda estar el resto de los seres vivos que la habitan o los enseres que pertenecen a la hacienda. El difunto genera unas obligaciones a los vivos (misas, cabos de año, deudas pendientes) y si éstos no las cumplen, el finado puede aparecérseles para recordárselo. Es como si la vinculación del vaqueiro a su familia y entorno fuese permanente, máxime en el caso de que el fallecido haya sido el amo de la hacienda.

El concepto del "más allá" es bastante vago en la cultura vaqueira. Incorpora conceptos religiosos católicos, pero el esquema tradicional cielo-purgatorio-infierno es poco conocido por el vaqueiro. Sí existe la creencia de que en la otra vida se recibirá un premio o castigo según los actos en la vida terrena, es decir, existe una valoración moral de dichos actos.

Es interesante el sincretismo entre los aspectos religiosos populares y la tradición católica. Generalmente los sacerdotes de la zona son considerados como gente docta e incluso se valora su colaboración o ayuda a enfermos y ancianos. Pero esto no implica una permeabilidad incondicional a las ideas religiosas que los curas transmiten. Frecuentemente los sacerdotes han cometido el error de despreciar las tradiciones vaqueiras, lo que ha ocasionado rechazo en un pueblo que no está habituado a los actos religiosos y cuya percepción de la religión es una mezcla de elementos naturales, un

panteón con santos vinculados a aspectos vitales para el vaqueiro (ganado, pastos), y algunos elementos litúrgicos de la religión católica.

Enfermedad y muerte tienen en la cultura vaqueira justificación y explicación en su entorno. La tradición aporta, por una parte, datos suficientes para comprender ambos fenómenos y, por otra, la correspondiente dosis de resignación. Un colectivo aislado, que ha sido segregado con frecuencia, ha desarrollado una cultura propia a partir de los elementos que le rodean y sólo recientemente ha incorporado otros rasgos culturales de sus vecinos. Enfermedad y muerte son también un acto social y un motivo de solidaridad. El dramatismo está atenuado, salvo en los casos de muerte violenta, y ambos fenómenos se aceptan como componentes de un ciclo vital. Lo natural y lo sobrenatural se imbrican y confunden en muchas ocasiones. Todo ello nos ofrece una cultura tan rica en tradiciones como amenazada por imposiciones externas.